

ROSA Y AZUL



SUMARIO El niño de los zapatos de pan, por Teófilo Gautier, con ilustraciones de Breñosa.—Curiosidades artísticas: El puente de San Martín, en Toledo, por José Trigueros.—La noche (poesía), por María Paz Alvarez.—Por el hermanito enfermo (poesía), por Juan de Castro, ilustrada por Vázquez.—Para las niñas: Encajes de papel, por Engracia.—Cuentos del concurso: La huerfanita.—Plantas y flores, por Teodoro Goñi.—Los trovadores burlados, pieza cómica por E. Maestre.—El almendro, por Luis Ruedas.—Tristezas é ilusiones (poesía), por Gregorio de la Vega.—Carta ilustrada.—La epopeya de un «sportman» (historieta cómica).—Correspondencia.—Pasatiempos.—Y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.

24 páginas, 15 céntimos

ROGAMOS

á nuestros Corresponsales nos remitan los ejemplares que tengan sobrantes de los números 43, 44 y 45, pues nos hemos quedado sin ninguno. Gracias anticipadas.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista	12 —

Nuestros regalos de Enero

A todos los que en este mes se suscriban por un año, les regalaremos los folletines que van publicados (la mitad de la obra) de las **Aventuras de un pequeño filósofo** y la novelita **Día feliz**, encuadrada.

A los que sólo lo hagan por seis meses, los folletines.

Córtese el adjunto cupón y remítase acompañado de su importe.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.

residente en provincia de

calle número cuarto

se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su importe en (1)

de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES

Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✱

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

ROSA Y AZUL

Director propietario: Estanislao Maestre

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



Jesusa Revuelta

(DE DOCE MESES)

Habitante en Palencia, calle Mayor principal, n.º 86.

(33 de las fotografías admitidas.)

JOYAS LITERARIAS

EL NIÑO DE LOS ZAPATOS DE PAN

En una historia que cuentan á sus nietecitos las abuelas en Alemania, ese país de las leyendas y de los sueños, donde los rayos de la luna, jugando entre las brumas del antiguo Rhin, engendran mil fantásticas visiones.

Una pobre mujer habitaba sola, en escondida aldea, una humilde casita: su interior era bastante modesto y sólo contenía los muebles indispensables.

Una vieja cama de torcidas barras, de las que pendía una colgadura de sarga amarillenta; una hucha para meter el pan; un cofre de nogal, brillante por lo limpio, pero sembrado de picaduras de polillas tapadas con cera, que denunciaban su antigüedad; un sillón de tapicería descolorido y gastado con el roce de la cabeza insegura de la anciana; una rueda lustrosa por el uso: he aquí todo el menaje de la casa.

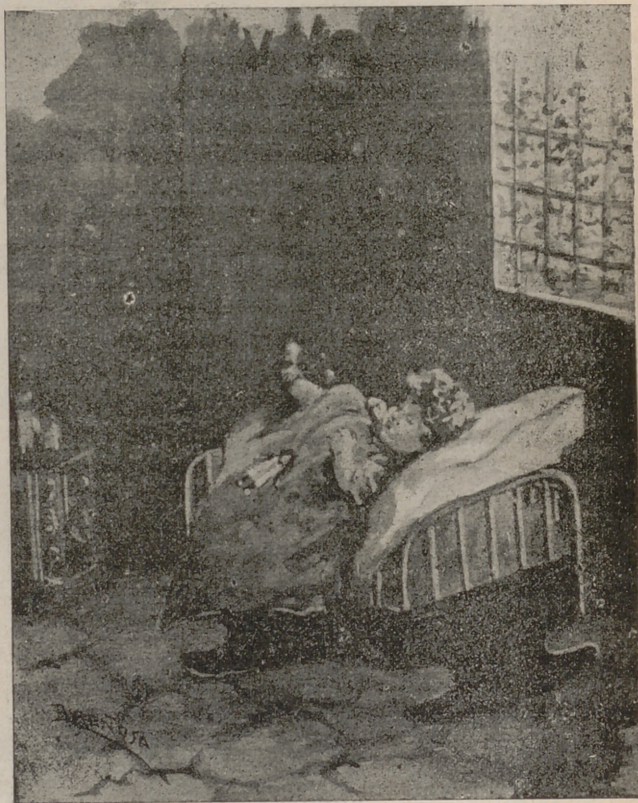
Se me olvidaba hablar también de una cunita nueva, blandamente mullida y cubierta con una colcha á ramos, cosida por la aguja infatigable de una madre que adornaba con ella el establo de su niño Jesús.

Toda la riqueza de la pobre morada se concentraba allí.

El hijo de un burgomaestre ó de un consejero áulico no hubiera tenido una camita más blanda. Aquella madre, con una santa prodigalidad y una locura inefable, se privaba de todo, á fin de proporcionar algún lujo,

en medio de su miseria, á su adorado recién nacido.

Esta cuna era una nota de regocijo en



aquel angustioso chiribitil. La Naturaleza, que es compasiva con los desgraciados, adornaba la desnudez de esa choza rodeándola de mantas de siemprevivas y de musgo aterciopelado. Frondosas plantas, extendiendo su protectora sombra, se adherían á las paredes como parásitas y penetraban por las hendiduras del techo, que convertían en una espléndida canastilla, impidiendo que cayese

el agua sobre la cuna; y las palomas venían á posarse en la ventana, arrullando hasta que el niño se dormía.

Este niño, llamado Hanz, dió una migaja de pan á un pajarillo cierto día de invierno que estaba la tierra cubierta de nieve, y al llegar la primavera volvió el pájaro y dejó caer de su pico, junto á la pared, un grano de semilla, brotando de ésta una hermosa enredadera que, agarrándose á las piedras con sus verdes sustentáculos, entró en la habitación por un vidrio roto y cubrió con sus guirnaldas la cuna del niño, sucediendo que, por las mañanas, los ojos azules de Hanz y las azules campanillas de la planta se despertaban al mismo tiempo, mirándose con satisfacción.

La casita, por lo tanto, era pobre; mas no tenía el aspecto triste.

La madre de Hanz, cuyo marido había muerto en la guerra lejos de su patria, vivía, bien que mal, de las legumbres de su jardín y del producto de su rueca: esto era muy poco; pero Hanz no carecía de nada, lo cual bastaba á sus ambiciones.

Era esta buena mujer de corazón piadoso y creyente: rezaba, trabajaba y practicaba la virtud; pero tenía una falta: envanecerse demasiado con su hijo.

Sucede muchas veces que al ver las madres á sus hermosos niños de buen color, con las manecitas sembradas de hoyuelos, el cutis blanco y los talones sonrosados, se figuran que van á pertenecerles siempre; mas Dios no da cosa alguna, sino que la presta, y como un acreedor olvidado, viene con frecuencia á reclamar de improviso lo que se le debe.

Porque había salido de su tallo ese fresco retoño, se figuró la madre de Hanz que ella lo había creado, y Dios, que desde el fondo de su Paraíso, cubierto de bóvedas azules con estrellas de oro, ve cuanto pasa en la tierra y oye desde las profundidades del infini-

to el ruido que hace la hierba que brota, no vió con agrado su conducta.

Vió además que Hanz era muy glotón y su madre demasiado complaciente con su glotonería, y que este díscolo niño lloraba con frecuencia cuando le obligaban á comer las uvas ó las manzanas con pan, ese pan por el que tanto suspiran los desgraciados; sucediendo también que su madre le dejaba tirar el pedazo mordido ó acababa de comérselo ella.

Cuando menos se esperaba, Hanz cayó enfermo; la fiebre le abrasaba y su respiración fatigosa producía un seco ruido en su apretada garganta: tenía el crup, esa terrible enfermedad que ha arrasado en lágrimas los ojos de numerosas madres y de muchos padres.

La pobre mujer sintió una pena horrible á la vista de semejante desgracia.

Todos seguramente habrán visto en alguna iglesia la imagen de Nuestra Señora, vestida de luto, al pie de la Cruz, con el pecho atravesado por siete espadas de plata, tres en un lado y cuatro en el otro. Este cuadro representa la agonía más espantosa que existe: la de una madre que ve morir á su hijo. Y, sin embargo, la Santa Virgen creía en la divinidad de Jesús y sabía que su hijo iba á resucitar.

Durante los últimos días de la enfermedad de Hanz, su madre, al mismo tiempo que lo velaba, se ponía á hilar maquinalmente, y el ruido de la rueca se mezclaba al estertor del pequeño moribundo.

Si á los ricos causa extrañeza que una madre se ponga á hilar junto al lecho de muerte de su hijo, es porque ignoran las torturas que produce en el alma la pobreza; ésta no solamente destruye el cuerpo, sino que mata el corazón.

Lo que hilaba con tanto afán aquella mujer era el hilo para tejer el sudario de su pequeño Hanz; quería envolver el cuerpo de su

hijo en una tela que no se hubiese estrenado, y como carecía de dinero, daba vueltas á la rueca con una fúnebre actividad; pero no pasaba el hilo por sus labios como de costumbre, pues caían de sus ojos suficientes lágrimas para humedecerlo.

Al sexto día de enfermedad murió el niño.

Se casó casualidad ó simpatía, la guirnalda de campanillas que acariciaba su cuna perdió



al momento su frescura y se secó y deshojó, cayendo su última flor marchita sobre el lecho mortuario.

Cuando la madre llegó á convencerse de que se había escapado el último suspiro de aquellos labios donde las violetas de la muerte habían reemplazado á las rosas de la vida, cubrió con el extremo de la sábana su adorada cabeza, y tomando el paquete de hilo bajo su brazo, dirigióse á la tienda del tejedor.

—Tejedor—le dijo al entrar—, aquí tienes un hilo muy igual, muy fino y sin nudo alguno; las arañas no lo fabrican más delgado

entre las vigas de los techos: pon en movimiento tu lanzadera y hazme de este hilo una tela más suave que las de Frisia y Holanda.

El tejedor tomó el paquete, preparó la cadena, y á seguida la activa lanzadera, tirando del hilo enrollado, comenzó á correr de aquí para allá.

El peine afirmaba la trama; el lienzo se iba desarrollando en el telar con la mayor igualdad, sin romperse, y tan fino como la camisa de una archiduquesa ó el que sirve al sacerdote en la misa para enjugar el cáliz.

Cuando se acabó el hilo, el tejedor entregó la tela á la pobre madre, y así le dijo, comprendiendo á lo que iba á destinarlo, cuando vió la inmóvil desesperación de la desventurada:

—Al hijo del emperador que murió en la lactancia el año último, no lo envolvieron dentro de su pequeño ataúd de ébano, adornado con clavos de plata, con una tela más suave y delicada.

La dobló la madre, y sacándose de uno de sus descarnados dedos un anillo de oro, bastante gastado por el uso, le dijo:

—Buen tejedor, toma este anillo, mi anillo de boda, el único objeto de oro que he poseído en mi vida.

El generoso industrial se negaba á tomarlo; pero ella le obligó con estas frases:

—No me hacen falta sortijas en el sitio adonde voy, pues yo siento los bracitos de Hanz que tiran de mí hacia la tierra.

Salió sin perder tiempo, y dirigióse á casa del carpintero.

TEÓFILO GUATIER.

(Se continuará.)

(Ilustraciones de Breñosa.)

CURIOSIDADES ARTÍSTICAS

El puente de San Martín en Toledo

EN diferentes puntos de España existen monumentales puentes, unos de hierro y otros de piedra, cuya construcción presta una vista panorámica y hermosa que embellece el sitio donde están situados, facilitando el tránsito de personas y carruajes que impedía verificar la gran abertura que antes existía longitudinalmente de un punto á otro. Algunos de ellos son dignos de conocer por nuestros lectores; unos, por su construcción firme y moderna; otros, por su historia y estilo antiguo. A éstos pertenece el puente de San Martín, en Toledo, cuya historia acaso desconocen los mismos toledanos.

El puente de San Martín es un curiosísimo ejemplar de la arquitectura militar de la Edad Media. Es sumamente sólido y tiene cinco arcos ligeramente apuntados, siendo de grandes dimensiones el central. Sobre tres de sus tajamares alzanse igual número de plazoletas que, sirviendo de refugio á los transeuntes, permiten contemplar mejor la fábrica y los

distintos panoramas que se ofrecen al espectador á derecha é izquierda del puente. Está éste flanqueado á uno y otro extremo por dos

fuertes torreones; el primero, formado de almenas y barbacanas, ha sido desfigurado con impropios revocos y la construcción de un edificio á él adosado.

En su fachada posterior se ve el escudo de armas de Toledo, flanqueado á ambos lados por dos reyes sentados en sus tronos, bajo los cuales hay dos lápidas dando noticias de la



reedificación y ornato del puente, que se llevó á feliz término en 1640.

En la banda derecha hay un letrero indicador de que en 1780 se soló el puente y se restauró el pretil, adornándolo con gruesas bolas de piedra.

Más interesante que el primero es el torreón de salida á causa de su pureza arquitectónica: su planta es exagonal; está coronado de almenas é interiormente tiene tres bóvedas y una serie de arcos, ojivales unos y de forma de herradura

otros. Encima del primero, y cobijada en una hornacina, se ve una estatua del arzobispo San Julián, atribuida á Berruguete, y debajo de la estatua hay una lápida en que se da cuenta de que los toledanos edificaron en aquel sitio un puente en reemplazo de otro destruido por la inundación del año 1203, cuyas ruinas se ven cerca de allí, y que este puente

tuvo necesidad de ser reparado por orden del arzobispo Pedro Tenorio. En efecto, aguas abajo se divisan las ruinas del

primitivo, á las que el vulgo da el fantástico nombre de *Baño de la Cava*. Ya

fuera del torreón, y en el muro del Mediodía, hay una preciosa ventana ojival, y junto á la puerta de salida una pequeña lápida, empujada en la fábrica, con un dato y una fecha cuyo origen se ignora.

No olvidéis estas noticias, rigurosamente históricas, que pueden constituir,

aunque están escritas sin pretensión, un estudio de los edificios notables que existen en España.

JOSÉ TRIGUEROS.



De colaboración.

LA NOCHE

CUÁL extiende sus crespones
que las estrellas esmaltan,
y se oscurece la tierra
y brilla la luna pálida!
Ya sigilosos y mudos
aparecen los fantasmas,
infundiendo pavorosas
supersticiones al alma.
Se oyen lánguidos los ecos...;
repercuten las montañas;
el ladrido de algún perro
triste el silencio agiganta.
Ya se escucha el murmurar
de aquellos vagos fantasmas,
que sus mantos de neblina



desgarran por las montañas,
que flotante y en girones,
cual blanco velo de gasa,
envuelve como un sudario
triste á la tierra enlutada.
Y sonidos misteriosos
y ladridos y fantasmas,
se suceden y confunden
en continua aérea danza.
Hasta que el canto del gallo
al despuntar la mañana,
nos anuncia el nuevo día
cual centinela de guardia.

Pravia.

MARÍA PAZ ALVAREZ.



POR EL HERMANITO ❀

❀ ❀ ❀ ❀ ENFERMO

*Ante la Imagen de la Limpia y Pura
que preside en la sala de su casa,
así clama la niña en su amargura:
—¿No sabes, Madre mía, lo que pasa?*

*Ya no como ni duermo.
Traidor puñal el corazón me hiere.
Mi hermanito está enfermo
y el médico nos dice que se muere...*

*¡Que se muere! Y yo sé lo que es morirse.
Es quedarse dormido
para no despertar... Morir es irse
para no volver más. ¿Y mi querido*

*Andrés, el chiquitín, que con su beso
abre mis ojos a la luz del día,
se irá y no ha de volver? No, Madre mía,
no es posible que Tú consientas eso.*

*Y él lo teme... Lo espera.
Me lo decía ayer llorando á gritos:*

*«Que le pidas á Dios que no me muera.
¡Ay! ¡Que no me echen tierra en los ojitos!»*

*Y á pedírtelo vengo. Y en agravio
del médico que burla el que te invoque.
Por lo mismo que es sabio,
¡haz que vea el milagro y «se equivoque!»*

*Dice que con rezar nada se alcanza,
que .ne engaña el deseo...
Pero yo, que en Ti he puesto «mi esperanza»,
no he de temerle. Si él «sabe», yo «creo».*

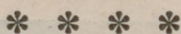
*Creo y espero en Ti. ¿Qué más podría
hacer después de oír sus disparates?
Y ahora Tú, Madre mía,
por tu amor..., por mi amor, ¡no me lo mates!*

*¡Que no quede mi padre sin consuelo!
¡Que no hagan de mí fe burla y afrenta!
Si te hace falta un ángel en el cielo...,
mira, llévame á mí..., ¡yo Iré contenta!*

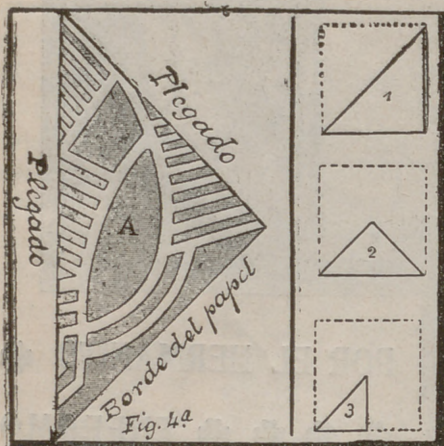
IZNAJAR.

JUAN DE CASTRO.

PARA LAS NIÑAS



ENCAJES DE PAPEL



YA sabrán mis amigas que este año está muy en boga el encaje en toda clase de prendas. Por esto vamos á dar una lección á nuestras queridas niñas para que puedan hacer encaje... de papel antes de veinticuatro horas.

Lo esencial es tener un buen dibujo; lo demás sobradamente saben hacerlo nuestras amiguitas.

Vamos á empezar por proveernos de unas hojas de papel fuerte, unas tijeras y... ¡nada más!

Ya véis que necesitamos bien poco.

Y ahora demos comienzo á nuestro trabajo.

Tomad la hoja de papel y cortadla en forma de cuadro; para obtener éste os bastará doblarla como indica la figura 1.^a, cosa que todas sa-

béis hacer porque es del medio que nos servimos para construir las pajaritas, barquitos, etc.

Una vez que tengamos plegada la hoja de papel en forma de triángulo, démosla otro doblez (fig. 2.^a), y luego otro (fig. 3.^a). Hecho esto, nos encontramos con un pequeño triángulo, que ha de ser la base de nuestras operaciones. Vamos á verlo.

Trazad sobre el triángulo dibujos á capricho y tal cual vuestra imaginación os sugiera: líneas regulares ó irregulares; todos los trazos que se os antoje hasta obtener un jeroglífico, un laberinto arabesco; luego cortad por lo trazado, pero tened mucho cuidado, porque vuestras labores, como de papel, son frágiles y no tienen más sostén que vuestros dedos; por esto es indispensable que trabajéis con esmero el encaje de Alençon, digo, de papel.

Fijaos en la figura 4.^a y ved el resultado que obtenemos en la 5.^a con los dibujos en ella trazados. Resulta una bonita rosa, ¿verdad?

Ya os veo deseosas de hacer un trabajito igual para obsequiar á vuestras mamás.

Cuando se procede al corte del dibujo, que es la parte gris de la figura 4.^a, hay que llevar las tijeras con gran exactitud por encima de los trazos, y terminada la operación se desdoblán cuidadosamente el triángulo primero, el segundo y el tercero hasta volver el cuadrado á su primitivo ser; y ya tenéis el encaje. Haced luego esto en tela á propósito y de color fíla, por ejemplo; colocadlo después sobre un fondo rojo, y veréis qué bonito resulta y qué propio para hacer un almohadón, una colcha, etc., á fuerza de cuadros y más cuadros.

ADVERTENCIA.—Estas labores creo que son propias para niñas mayores de diez años, y por eso no vacilo en recomendarles que usen tijeras de las llamadas de picar cañamazo. Y hasta otro día.—ENGRACIA.



Si así era, seguramente no había visto muchas como ella; porque Inés era la quinta esencia de la belleza morena, y su rostro igualmente perfecto, aunque todavía no tenía quince años y no estaba bastante desarrollada.

Doña Clara era muy graciosa. Quizás para no interrumpir la conversación de su marido propuso á nuestro filósofo que bajara al jardín, y á los pocos minutos los tres estaban sentados en un pabellón separado de la casa. La buena señora no hablaba con gran perfección el español, pero cuando no acertaba con una palabra, la sustituía con la italiana y Juan entendía perfectamente bien. Díjole que su hermana se había casado con un noble español hacía muchos años, y que antes de la guerra entre España é Inglaterra había ido con sus hijos á verla. Añadió que, á la vuelta, su hija Inés, que entonces era una niña, estaba algo enferma, y por tanto se juzgó prudente dejarla al cuidado de su tía, que tenía otra niña de la misma edad; que se habían educado juntas en un convento cerca de Tarragona y que había vuelto hacia tan sólo dos meses. Al volver con su tía, tío y primos, caminando á Tarragona desde Génova, donde su cuñado había tenido que ir para asegurar la posesión de una herencia, el buque en que iban había sido capturado por los ingleses; pero el oficial, que era muy atento y cortés, les había puesto en libertad al siguiente día, teniendo la galantería de permitirles llevarse sus equipajes.

—¡Hola, hola!—pensó Juan—; ya decía yo que había visto esta cara antes; ésta era una de las jóvenes que estaban en la cámara de la goleta que capturamos. Nos vamos á divertir un poco.

Durante la conversación de Juan con la madre, doña Inés había permanecido retirada algunos pasos cogiendo ya una

flor, ya otra, y no prestando atención á lo que pasaba: después, cuando nuestro filósofo y la madre se sentaron en el pabellón, se reunió con ellos, y Juan le dirigió la palabra con su acostumbrada política.

—Estoy avergonzado, señorita, de presentarme á usted en este traje; pero las rocas de las costas de su patria de usted no respetan á las personas.

—Le debemos á usted tantas obligaciones—dijo doña Inés—, que no reparamos en cosas tan pequeñas.

—Es usted muy bondadosa, señorita—contestó Juan—, y ya no pensaba esta mañana tener tanta dicha. Yo sé decir la buenaventura á los demás, pero no adivino la mía.

—¿Sabe usted decir la buenaventura?—preguntó la señora mayor.

—Si, señora, y soy famoso en ese arte; ¿quiere usted que se la diga á su hija?

Doña Inés miró á Juan y se sonrió.

—Observe que esta señorita no me cree y necesito probar mi arte diciéndole todo lo que le ha sucedido.

—Ciertamente; si usted lo dice y acierta le creeré—contestó doña Inés.

—Tenga usted la bondad de enseñarme la palma de la mano.

Inés extendió su manecita, y Juan la vió tan linda, que estuvo á punto de besarla. Sin embargo, se contuvo, y examinando las líneas, dijo:

—Que usted ha sido educada en España; que ha llegado aquí hace dos meses; que el buque en que venía fué capturado y ustedes puestas en libertad, eso ya lo sé por su señora madre; pero para demostrar á usted que sé algo más, debo entrar en algunos pormenores. Ustedes iban en un buque que tenía catorce cañones: ¿no es verdad?

Doña Inés hizo una inclinación de cabeza.

—Yo no había dicho eso—dijo la señora.

—Ese buque fué capturado una noche por sorpresa y sin combate. A la mañana siguiente los ingleses entraron en la cámara donde estaban ustedes, y su tío de usted y su primo dispararon sus pistolas.

—¡Santísima virgen!—gritó Inés con sorpresa.

—El oficial inglés era un joven fecho...

—Eso no es verdad —dijo Inés—, porque era muy hermoso.

—De gustos no hay nada escrito, señorita. Usted se asustó mucho y se refugió con su prima en un rincón de la cámara. Déjeme usted examinar esta rayita un poco más. Usted tenía, sí... no me equivoco, tenía usted una ropa muy ligera.

Inés retiró su mano y se cubrió el rostro.

—Es verdad, es verdad. ¡Buen Jesús! ¿Cómo puede usted saber eso?

Inmediatamente después Inés miró con fijeza al pequeño filósofo y no tardó en conocerle.

—¡Oh, mamá! ¡Es él! Ahora lo recuerdo. ¡Es él!

—¿Quién, hija mía? —preguntó doña Clara que se había quedado atónita al ver cómo adivinaba Juan lo que ocurrió á su hija.

—El oficial que se apoderó del buque y que fué tan amable con nosotros.

Juan soltó la carcajada y después reconoció que, en efecto, la señorita Inés le había descubierto.

—De todos modos, señorita—dijo por fin—, reconozca usted que aunque yo estoy derrotado en mis ropas, he visto á usted todavía en mayor *déshabillé*.

Inés echó á correr para ocultar su confusión, y al mismo tiempo para buscar á su padre y decirle quién era su huésped.

Aunque D. Diego Rivera no había con-

cluido su narración, al anuncio de Inés, que entró casi sin aliento á comunicarle la noticia, salió en busca de Juan, á quien dió las más expresivas gracias.

—Poco pensaba—dijo D. Diego—, que debiese á usted tantas obligaciones. Mándeme usted como guste, y lo mismo digo á su compañero. Mis hijos están en Palermo y espero que les concederán ustedes su amistad cuando se cansen de permanecer entre nosotros.

Juan hizo una gran cortesía, y después, mirando su ropa, se encogió de hombros, pues que para agradar á Gascoigne la había hecho girones. Su mirada indicaba que no se consideraba en disposición de hacer una larga estancia en la quinta.

—Creo que los vestidos de mis hermanas sentarán bien á estos señores —dijo Inés á su padre—: han dejado bastantes en el guardarropa.

—Si los señores condescienden en ponerse los suyos propios, tendré mucho gusto en ello.

Los guardias marinas son muy condescendientes. Siguiéron á D. Diego y condescendieron en ponerse camisas limpias pertenecientes á D. Felipe y á D. Martín, hijos del anciano. Después condescendieron en ponerse los pantalones de estos señores, y en elegir los mejores chalecos y casacas; en suma, condescendieron en presentarse convenientemente; y en efecto, su apariencia exterior no podía ser más favorable luego que se hubieron vestido.

Habiendo condescendido en todo esto, descendieron á las habitaciones inferiores; la intimidación entre todos se hizo tan grande, que parecía que los jóvenes no sólo llevaban los vestidos de la familia, sino que pertenecían á ella. Juan presentó su brazo á las señoras y las llevó al

jardín, para que entretanto D. Diego Rivera pudiese terminar su historia, que había comenzado á referir á Gascoigne, y volviendo á sentarse en el pabellón las entretuvo con la narración de sus aventuras en el buque después de su captura. Inés salió en breve de su reserva, y Juan tuvo la atención de no aludir de nuevo á la escena de la cámara, que era la única cosa que ella temía. Después de comer, cuando se retiró la familia, según costumbre, á dormir la siesta, Gascoigne y Juan, que habían dormido bastante en el carro, bajaron juntos al jardín.

—Ahora bien, Gascoigne—dijo Juan—, ¿desea usted todavía verse á bordo de la *Harpy*?

—No tal—contestó Gascoigne—; al fin hemos caído de pie, pero no sin haber sido traqueteados como chinitas en un sonajero. ¡Qué amable criatura es Inés, y qué casualidad que haya usted vuelto á encontrarla! Casi tan grande como que nosotros estemos aquí.

CAPÍTULO XVIII

JUAN SE VE OBLIGADO Á DAR FONDO MIENTRAS SUS AMIGOS HACEN FUERZA DE VELA.

Don Diego de Rivera refirió á Gascoigne la historia de su vida del modo siguiente:

—Ya sabe usted mi nombre; sólo tengo que añadir que mi familia es una de las más nobles de Sicilia, y de las más ricas en propiedades territoriales. Muerto mi padre, mi madre contrajo nuevo matrimonio bastante desigual, y me dió un hermano que, cuando llegó á la edad de la razón, me cobró un odio irracional, llegando por todos los medios posibles á tratar de perjudicarme, no sólo en los

bienes, disputándome la herencia, sino también en la reputación. Una noche fui atacado por bravos, y si afortunadamente no hubiera recibido auxilio, me hubieran asesinado. Tomé mis precauciones contra ataques de esta especie; pero los que trataban mi ruina acudieron á otros medios. Una joven novicia, desapareció del convento cercano á mi casa, y en el suelo, junto á la ventana por donde se había descolgado, se encontró un sombrero que fué reconocido por mío. Me formaron causa y con dificultad se pudo arreglar este asunto, no obstante que yo probé plenamente la coartada.

Un joven de buena familia fué encontrado muerto con un puñal en el pecho: este puñal era mío, y con dificultad pude, en la causa que se formó, probar también mi inocencia.

Fué capturada una partida de bandidos, y al preguntarles el nombre de su jefe, prometiéndoles que se les absolvería si lo declaraban, contestaron que el jefe era yo. Por fin, un noble de categoría, padre de D. Escipión, á quien ustedes desarmaron, fué asesinado, y capturados los asesinos, dijeron que yo les había dado dinero para cometer el crimen. Me defendí; pero el rey me impuso una gran multa y la pena de destierro.

Apenas había recibido esta orden y estaba lamentándome de su injusticia, cuando me trajeron la comida.

Seguro de que mis enemigos harían todo lo posible para perderme, hacía tiempo que vivía solo con un criado en quien tenía depositada toda mi confianza. Estaba empezando á comer con poco apetito y pedí me trajera vino. Mi criado Pedro se dirigió á un aparador que estaba detrás de mí para buscar la botella; casualmente levanté la cabeza, y teniendo en frente un grande espejo vi á mi criado

que estaba echando en la botella unos polvos que sacaba de un papel. Recordé entonces el sombrero encontrado junto al convento y el puñal en el cuerpo del joven, y no me quedó duda de que había estado alimentando una víbora en mi seno. Trájome la botella del vino, entonces me levanté, cerré la puerta y, sacando la espada, le dije:

—¡Infame, te conozco, vas á morir!

Se puso pálido, tembló y se postró de rodillas.

—Ahora—continué yo—, escoge: ó beberte este vino ó morir al impulso de mi espada.

Vacilaba. Yo le puse la punta de la espada en el pecho y se la introduje unas cuantas líneas:

—¡Bebel!—grité—. ¿Tan injusta es la orden que te doy de beber vino añejo? Bebe ó te atravieso con la espada.

Bebió y quiso salir de la habitación, pero se lo impedí diciendo:

—No, no; tienes que quedarte aquí hasta que el vino haga su efecto; si mis sospechas son infundadas, te pediré perdón.

Al cabo de un cuarto de hora mi criado cayó en tierra pidiendo misericordia y confesión. Envié por mi confesor. El criado declaró que era un instrumento de mis enemigos. Se le administró un fuerte emético, recobró un poco el conocimiento y fué llevado á Palermo, donde dió su declaración y expiró.

Cuando fueron conocidos estos sucesos el rey revocó la sentencia dada contra mí, y mandó perseguir á mis enemigos.

Considerándome libre de ellos me casé con la señora que acaban ustedes de ver, y antes que naciera mi hijo primogénito don Silvio, mi hermano me puso pleito por la herencia.

Durante el pleito D. Silvio se casó y

tuvo un hijo, que es el otro joven que usted ha visto aquí.

Los tribunales sentenciaron en mi favor, y aunque yo después de ganado el pleito le ofrecí toda clase de auxilios, don Silvio se negó á admitirlos, y al fin cayó muerto á manos de sus propios agentes, que creyeron era yo á quien herían.

Don Silvio murió, dejando á su familia en muy mala situación de fortuna; pero yo dí una pensión á su viuda, y mandé educar con cuidado á su hijo tratándole con gran liberalidad. Sin embargo, él parece haber heredado el odio de su padre, y no sólo no ha manifestado gratitud por los servicios que le he hecho, sino que, colocado por mí en el ejército y encontrando allí á mis dos hijos, ha reñido con ellos bajo frívolos pretextos, y en ambos casos ha salido herido.

Mis hijos han estado en casa dos meses y salieron antes de ayer para Palermo, y esta mañana D. Silvio, acompañado de don Escipión, ha venido, y después de haberme acusado del asesinato de los padres de ambos, sacarlos sus espadas para matarme. Mi mujer y mi hija, oyendo el ruido, bajaron. Usted sabe lo demás.

Tal fué la historia de D. Diego de Rivera.

Los límites de esta narración no nos permiten referir todo lo que pasó durante la estancia de nuestro héroe en casa del caballero siciliano.

Juan y Gascoigne, durante quince días, fueron tratados como hijos, así por don Diego como por la parte femenina de la familia. Inés mostró cierta preferencia por Juan. Gascoigne se sometió voluntariamente, sabiendo que nuestro héroe tenía derechos anteriores, y durante aquel tiempo se creó entre Inés y el filósofo cierto sentimiento de simpatía, que si no era amor estaba muy cerca de serlo. Sin em-

Cuentos del Concurso

LA HUERFANITA

I

ERA una noche fría y lluviosa del mes de Enero. En el pórtico de una de las iglesias de cierta ciudad de Galicia extendía su temblorosa manita, en demanda de una limosna, una pobre niña que, huérfana de padre y madre, no tenía más amparo en el mundo que la caridad, ni más abrigo que un oscuro rincón en la casa de una buena mujer, donde solía recogerse durante la noche.

Sus cabellos eran rubios y hermosos como los brillantes rayos del sol al amanecer de un claro día; sus grandes ojos azules como el cielo y profundos como el mar, y en su mirada inocente y expresiva fulguraba un alma tan pura y bella como los celestiales espíritus.

¡Pobre niña! Aquel día no había recogido más que un poquito de pan, y sentía hambre, mucha hambre.

En el templo se celebraba á la sazón la Novena de Nuestra Señora de la Paz, y eran muchas las personas que acudían á él; pero nadie reparó en la pobre criaturita que, yerta de frío y angustiada por el hambre, dirigía su tierna vocecilla á los fieles, suplicándoles una limosnita por amor de Dios.

El temporal arreció de tal modo, que la niña se vió obligada á refugiarse en el templo, buscando un abrigo contra el frío y la lluvia.

En aquel momento ofrecía la iglesia un aspecto sorprendente: por todas partes había profusión de flores y luces, y allá en el altar mayor, rodeada de ángeles, espléndidamente iluminada, envuelta por ligeras nubes de incienso y adornada por bellísimas guirnaldas de lirio y violetas, se destacaba, como algo espiritual que cautivaba el alma, la hermosa Imagen de Nuestra Señora de la Paz.

La infeliz criatura permaneció absorta algunos instantes admirando tan sublime esplendor; mas pronto su atención varió de objeto, y, por ese instinto de curiosidad tan característica de la infancia, se dispuso á escuchar al predicador, que en aquel instante exclamaba: «Vosotros, los que os encontráis privados de los cuidados y caricias que sólo una madre puede prodigar, volved vuestras miradas hacia esta otra Madre, que tiene amor y cariño para todos, y que desde el Cielo vela solícita por los desgraciados que á su amparo se acogen.»

Al escuchar tan consoladoras frases, la mirada de la huerfanita se animó, y dos lágrimas, cual hermosas perlas, rodaron silenciosas por sus mejillas.

Y comenzó á llorar de alegría, porque aquellas palabras le recordaron algo muy agradable y llevaron dulcísimo consuelo á su corazón: ya tenía quien la cuidara y amparase; ya iba á sentir de nuevo las caricias de una mano amiga. ¡Oh, qué feliz iba á ser!

Mientras esto ocurría, elevando su candorosa mirada hacia la bendita Imagen de la Virgen, le suplicó, con los ojos preñados de lágrimas, que la llevase pronto, muy pronto, allá al Cielo, cerca de ella, donde también su cariñosa madre la esperaba, según se lo había prometido momentos antes de expirar.

II

Los cultos de aquella noche tocaron á su fin, y la pobre huérfana, obligada por el hambre, salióse al pórtico para implorar de nuevo la caridad de los fieles.

Una anciana se encontraba á corta distancia de ella vendiendo pequeñas esculturas de metal, semejantes á la que dentro se veneraba, y la niña sintió grandes deseos de tener una de ellas para darle muchos besos y llevarla siempre junto á su corazón. Así es que, haciendo un esfuerzo para vencer su natural timidez, se dirigió á la mujer preguntándole con humilde expresión, mientras

señalaba con uno de sus deditos las diminutas imágenes:

—Costará mucho dinero eso, ¿verdad?

—Quítate de ahí, renacuajo—dijo malhumorada la vieja—. ¿Cuándo verás tú reunidos cuatro reales que vale cada una? Esto no se ha hecho para los pobres!

La niña no tuvo qué replicar á tan desabridas frases, y con la mirada fija en el sue-

sienten los corazones generosos cuando practican la caridad.

III

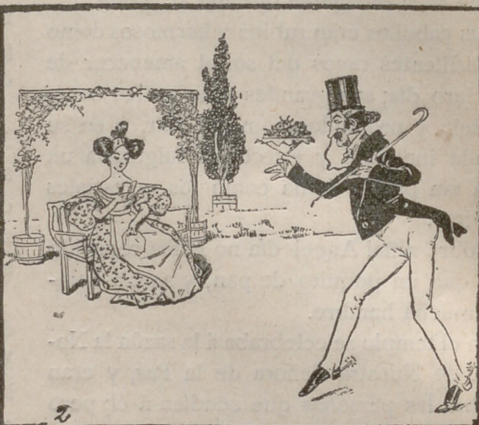
Aquella noche llegó la huerfanita más tarde de lo que tenía por costumbre á la casa donde solía recogerse, y se encontró que habían cerrado ya la puerta.

No se atrevió el angelito á llamar, temiendo que la riñesen, y buscando dónde guare-

LA EPOPEYA DE UN «SPORTMAN»



—Estoy guapísimo y elegantísimo.



—Llevemos el ramo á Flurismunda.

lo, volvíase ya, confusa y llorosa, cuando un señor muy alto que, envuelto en un magnífico gabán de pieles, acababa de salir del templo y había presenciado la anterior escena, cediendo á un noble impulso de su alma, se dirigió á la niña, diciéndole:

—Escoge la que quieras; anda, hija mía, la que te guste más.

Y mientras la niña, llena de júbilo, cogía con sus manecitas temblorosas por la emoción una de aquellas esculturas, el señor del gabán pagó á la anciana su importe y se alejó llevando consigo la satisfacción íntima que

cerse de la intemperie, volviéndose á su antiguo rincón del pórtico, donde, rendida por el cansancio, aterida de frío y debilitada por el hambre, no tardó en quedarse profundamente dormida, apretando siempre contra su pecho la Imagen de la bendita Virgen.

IV

Al amanecer del día siguiente se había formado á la puerta de la iglesia un numeroso grupo de personas, que contemplaban con emoción el cadáver de una preciosa niña.

Lema: «CARIDAD.»

(Número veinte de los admitidos.)

DE COLABORACIÓN

PLANTAS Y FLORES ⁽¹⁾

(Continuación.)

Aleli.—¿Por qué causa?*Rosa.*—Porque los vástagos reciben la savia directamente de la madre planta.

do las dos capas de ambos, uniendo las dos plantas y atándolas con un mimbre bien pretas á flor de tierra; después de hecha esta operación se amontona la tierra hasta cubrir las heridas de ambos troncos.

Aleli.—¿Y qué se consigue con esto?*Rosa.*—Pues que, unidos los dos troncos abajo, la copa tenga los dos colores de las dos plantas injertadas.

LA EPOPEYA DE UN «SPORTMAN»



—Sí, Flurismunda, yo os adoro..., yo...

—¡¡Ay!!... ¡¡Favor!! ¡¡Socorro!!... ¡¡Aaayyy!!

Aleli.—¿Y cómo puedes tú, rosa, tener varios colores?*Rosa.*—Por medio del ingenio del hombre.*Aleli.*—¿Cuál es ese ingenio?*Rosa.*—El injerto, que se introduce en mi corteza por medio de una hendidura ó por medio de aproximación.*Aleli.*—¿Y cómo se explica eso?*Rosa.*—El injerto de aproximación se hace por medio de la unión de los dos troncos, descubriéndoles las raíces, descortezan-*Aleli.*—¿Cómo se consiguen varios colores en la copa de un rosal?*Rosa.*—Por medio del injerto de escudete.*Aleli.*—¿Cómo se hace ese injerto?*Rosa.*—Cuando se quiere que el rosal sea alto, se injerta en las ramitas de arriba, en las segundas órdenes, para que florezcan desde el primer año siguiente. El mejor injerto se hace en Junio por estar la savia más fuerte.

TEODORO GOÑI.

(1) Véase el número 44.

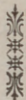
(Se continuará).

NUESTRO TEATRO

LOS TROVADORES BURLADOS⁽¹⁾ PIEZA CÓMICA, original de E. Maestre.

PERSONAJES

ROSINA.
FLORIDOR.
DON MENDO.
RAÚL.



GUNDEMARO.
ESPARABÁN.
CORCHETE 1.º
IDEM 2.º

Varios corchetes que no hablan.

La escena representa una plaza, en la cual se alza un castillo á la izquierda, con puerta practicable. Calles á ambos lados.

ESCENA PRIMERA

FLORIDOR, *que avanza hasta la concha con ademanes tragicómicos y se dirige al público; luego*
GUNDEMARO.

FLORIDOR

Me habéis ofendido. Me habéis ultrajado. Señor castellano, hacia mí venid. Ya traigo el acero recién afilado. Pronto vuestra espada conmigo medid. Aquí los valientes. Aquí los pecheros. Ciento contra uno y uno contra cien, pues estoy seguro que habré de venceros. Hacia mí, ¡cobardes! Hacia mí..

GUNDEMARO (*Riendo.*)

¡Muy bien!

FLORIDOR (*Sin notar su presencia.*)

Metida en un puño tenéis á Rosina. Mártir la habéis hecho sólo por mi amor. Mas á rescatarla, desde Palestina, hoy llega don Nuño...

GUNDEMARO (*Fuera y riendo.*)

El gran Floridor.

FLORIDOR (*Volviéndose.*)—Así es, aunque os parezca lo contrario. Pero ¿cómo vos por aquí?

GUNDEMARO.—Para ayudaros en la empresa que traéis entre manos.

FLORIDOR.—Es muy espinosa.

GUNDEMARO.—No hay Flor... idor sin espinas.

FLORIDOR.—¿Y qué traéis debajo de la capa que tal bulto os hace? ¿Comprasteis tizona?

GUNDEMARO.—No en mis días. Traigo el laúd.

FLORIDOR.—Pues si viene Don Nuño...

GUNDEMARO.—Tengo pies de liebre...

FLORIDOR.—¿Entonces?...

GUNDEMARO.—Estando enamorado no me sorprende que andéis romo de mollera. ¿No pretendéis ver á Rosina?

FLORIDOR.—Tal es mi pretensión.

GUNDEMARO.—Pues he aquí el mejor modo de conseguirlo. (*Pulsando el laúd.*)

ESCENA II

DICHOS y DON MENDO.

MENDO.—Á la paz de Dios.

GUNDEMARO.—Que El se la dé como merezca.

MENDO.—¿Por acaso dábais serenata á la hermosa Rosina?

FLORIDOR (*Mal humorado.*)—Tal vez...

MENDO.—¿Luego la conocéis?

GUNDEMARO.—¡Phs! Un poco.

MENDO.—Entonces ¿debéis estar prendado de ella?

FLORIDOR.—Indiscreta es la pregunta.

MENDO.—No tal. Por bellaco tuviera á quien habiéndola visto una vez no quedase prendado de su hermosura.

FLORIDOR.—Dad entonces por supuesto que la vi y que la amo.

(1) Para teatro Guiñol.

MENDO.—¡Ah! Pues siendo así, sólo os resta de vida un cuarto de hora: lo suficiente para que os pongáis bien con Dios. (*Llama en la puerta.*)

FLORIDOR (*A Gundemaro*).—¿Qué dice?

GUNDEMARO.—Debisteis oírlo. ¿No traíais recién afilado el acero? Pues andad con él.

FLORIDOR.—Yo venía á pelear con Don Nuño.

GUNDEMARO.—Es igual. Andad, valiente. (*Empujándole.*)

MENDO.—En guardia. Dios y vuestro compañero serán testigos.

FLORIDOR.—En guardia, Gundemaro.

MENDO.—¿Dos contra uno? No importa. En guardia.

FLORIDOR.—Dos, no: éste que venía á darle serenata á Rosina. (*Empujando á Gundemaro.*)

GUNDEMARO.—¡Yo! Vos que veníais á rescatarla. (*El mismo juego.*)

MENDO.—Por Dios que siento no haber traído á mi lacayo para que os apaleara por cobardes.

FLORIDOR (*Escondiéndose detrás de Gundemaro*).—¡Cobarde yo!

GUNDEMARO (*El mismo juego*).—¡Cobarde éste! Si te hubieseis oído hace un momento, cuando decía: (*Imitándole.*)

Aquí los valientes. Aquí los pecheros.

Ciento contra uno y uno contra cien.

MENDO.—¿Y á quién dirigía tan donosas palabras?

GUNDEMARO.—A los espacios ceruleos, señor.

FLORIDOR.—Las aprendí de mi abuelo, que fué un bravo.

MENDO.—Poco heredasteis de él...

FLORIDOR.—Una aranzada de tierra y un molino que no muele.

MENDO.—Pues yo os voy á moler á palos. (*Saca la espada y le pega. Sale Rosina.*)

ESCENA III

DICHOS y ROSINA.

ROSINA

Don Mendo, ¿qué estáis haciendo?

MENDO

Apaleo á este villano.

GUNDEMARO

Señora, ya lo estáis viendo, me ha puesto en la faz la mano.

MENDO

Vino á buscar vuestro amor.
Vino la dicha á robarme
y no ha tenido valor,
señora, para matarme.

FLORIDOR (*Con acento tragicómico.*)

¡Teñir yo con sangre aqueste recinto!
¡Turbar de Rosina el sueño feliz!...
Primero me quito la espada del cinto
que llevar á cabo tamaño deslíz.
Por su amor me encuentro á todo dispuesto;
por su amor me creo de todo capaz...

MENDO

Entonces... ¡En guardia! ¡Preparaos! ¡Presto!
(*Saca la espada; Floridor huye.*)

GUNDEMARO

Ved que le pusisteis la mano en la faz.

ROSINA (*A Floridor.*)

¿Y sois vos quien pretende
mi amor ganarse
huyendo del contrario
la acometida?
Manera tan galana
de comportarse
de ningún pretendiente
fuese creída.

MENDO

Ya lo véis, linda niña,
ni vuestra cara
ánimos da al cobarde
que os pretendiera.

FLORIDOR

¡Cobarde me dijisteis!
Por Santa Clara,
á estar solos, la lengua
yo os dividiera.

MENDO (*Se ríe*).—Por mi vida que me hacéis reír, señor...

GUNDEMARO.—Floridor.

MENDO.—Os llamáis como mi perro de caza.

ROSINA.—No os ensañéis con él, don Mendo.

MENDO.—Si vos lo mandáis...

ROSINA (*Riendo*).—No visteis que el pobre está temblando... (*Vase. Don Mendo la acompaña.*)

FLORIDOR.—De coraje.

(*Se continuará.*)

DE COLABORACIÓN



EL ALMENDRO



PEPÍN y Julio eran dos niños caprichosos. Todo se les antojaba, y aunque su papá no quería consentírsele, ellos, testarudos como

sobre la tierra, en la que todos los seres vivos disfrutaban de la naturaleza. El papá de nuestros protagonistas, propietario de una

dehesa muy espaciosa, próxima á la ciudad, ordenó al cochero enganchara el coche para llevarlos á que les diera el aire.

Los dos hermanos se pusieron muy contentos, y dijeron á su papá que iban á coger flor de almendro, á lo que aquél respondió que no. Los niños, algún tanto disgustados por esto, montaron con su papá en el coche, y una vez en él miráronse, y como si se hubieran comprendido, al llegar á la dehesa dijeron á una á su papá:

—Mira qué perro más bonito.

Corriendo llegaron detrás de la casa de labor de la dehesa. Allí, locos de alegría, cogieron dos varas y fueron-se á un almendro,

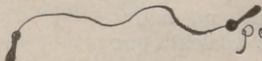
en donde estuvieron golpeando con ellas el fruto, no consiguiendo más que deshojar las flores.

Pero ellos querían cogerlas costara lo que costase, para lo cual hicieron una espe-

CARTA ILUSTRADA

Pilla  22 de Abril de 1904.

Querido amigo : En esta te mando una lista de lo que baras el favor de comprarme

Mn  y unas  para mi 
 Mn  y una  para mi 
 Mna  y una  para
 la 

y para mi unos  y unos 
 Tambien compraras seis  dos  seis 
 seis  un  y un 

Los juguetes particularmente, los compraras en



Medel por ser la que mas surtido tiene lo demas donde tu quieras

Me lo mandaras lo antes posible lo cual te lo agradecere siempre tu amigo

Amadeo Goria
 Madrid 22 de Abril de 1904

pocos, querían (como vulgarmente se dice) salirse con la suya; por lo que quedaban muchas veces malparados. Uno de estos días fué el 12 de Mayo. La tarde era hermosísima; un sol de primavera lanzaba sus rayos

cie de escalera con cantos, que á lo más tendría un pie de altura. En ella se subieron, y como faltara un poco para coger un ramo, Pepín empin  se y...   z  s!..., desplomándose la escalera fueron los dos hermanos á dar con sus cuerpos en la endurecida arena. Se levantaron llorando, y llorando los llevó su papá    la casa, en donde vió que no tenían más que unas leves escalabraduras...

Justo castigo    su desobediencia.

Toledo.

LUIS RUEDAS Y LEDESMA.

TRISTEZAS    ILUSIONES ⁽¹⁾

Yo no tengo casa
y me ahoga el llanto;
ya vienen, ya llegan los Reyes
en sus dromedarios.

Vivo de limosna,
camino descalzo;
  qu   triste, qué triste es hallarse
sin tener zapatos!

Yo no tengo padres,
duermo en los establos,
y    veces..., y    veces mi cama
la encuentro en los campos.

Voy de puerta en puerta
pidiendo    los amos,
y todos me dicen, y me dicen todos
que busque trabajo.

Ya vendrán los Reyes
que estoy esperando,
y he de verlos llegar, y he de verlos,
que yo duermo al raso.

Y cuando los vea
en sus dromedarios,
les dir  ..., les dir   que me lleven,
que busco trabajo.

(1) Por haber llegado tarde no pudimos insertar esta poesía en el número de Reyes.

Me darán pasteles,
me pondr   zapatos,
y será el que reparta juguetes,
será su criado.

Yo no tengo casa;
pero ir   al palacio
que en la gloria tienen, todo de brillantes,
los tres Reyes Magos.

Tineo,

GREGORIO DE LA VEGA.

CORRESPONDENCIA

Antonio Marquerie.—Madrid.—Entran en turno la sustitución y los versos.

José Mélida García.—Idem.—Ya irán saliendo.    a estado usted enfermo?

Eladio Cepillo Prieto.—Idem.—La poesía llega á mis manos cuando ya está compuesto el número de Nochebuena, y es lástima, porque está bien escrita; lo otro no encaja.

Patricio Fernández y Pérez.—Idem.—Entra en turno su trabajo.

Luis Mosc  n.—Idem.—Idem los pasatiempos.

Mariano García.—Idem.—Entran en turno.—Los niños le envían las gracias.

Francisco Guerrero y Juan Cano.—La Línea.—Muy bonita la tarjeta. Les agradezco mucho la atención.

Tomás España.—Madrid.—Efectivamente; teníamos ya varios cuentos de Reyes. Otra vez será.

A. García Diego.—Idem.—Creo que debe usted hacer algo más que cuadrados.

Remigio Dargallo.—Barcelona.—Entra en turno. Angel García.—Madrid.—Envíe Hartzenbusch, Martínez de la Rosa y Zorrilla.

El  seo García Bastos.—Idem.—Creo que si se fija usted y prosigue sin desmayos, lograr   hacer algún dibujo aprovechable.

María Victoria Franco.—Idem.—Entra en turno la traducción.

Federico del Río.—Málaga.—Póngase la mano sobre el corazón; j  reme que el poema es suyo, y le complacer  . Y no se ofenda por la franqueza, que se dan casos. Además, escribe usted *hechar*, y eso me pone en guardia.

José Corral.—Madrid.—Admitidos.

Teodoro Go  n.—San Sebastián.—Siento no poder complacerle en lo que me pide. Si todos los que envían trabajos tuvieran esas exigencias,   buenos estaríamos!



ADIVINANZA por Carmita Alonso.

¿Cuál es el nombre de varón en que las primeras sílabas suenan como tres letras y la última es una corriente de agua?

EFE NUMÉRICA por Francisco Guerrero.

1 2 3 4 5 6 7	Nombre de mujer.
4 5 6 3 1 2 7	Idem id.
4 2	Letra.
6 2	Nota.
1 3 6 2 7 6	Verbo.
7 4 5 6 7 6	Idem.
1 2	Letra.
4 5	Nota.
4 7	Tiempo de verbo.
3 6 5	Metal.

CHARADA por Salvador Domínguez Tejedor.

Con acento *todo* á Andrés
dijo un día doña Marta:
—¿Qué haces cuando te *dos tres*?
A lo que respondió él:
—¡Oh!, pues no hago *prima cuarta*.

JEROGLÍFICO por Ignacio Sanchis.

G nota A

TARJETA por Luis. R. L.

Sr. D. Carlos de Jéajan.

Mia.

Combinad las letras para que se lea el nombre y apellido de un político y el punto donde reside.

FUGA DE VOCALES por Ricardo Menor.

. R.s. y .z.l d.b.m.s
c.n gr.n .pl.s. .dm.r.r
p.r.q.. n. .l.tr. s. pr.c..
v.l.nd. c.d. v.z m.s

JEROGLÍFICO por Gil Farrán.

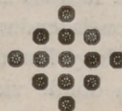
Negro

GO

CHISTE-ADIVINANZA por C. Hartley.

Un hombre estaba tendiendo cables en la calle de la Montera. Se ha caído desde lo alto de un poste y no se ha hecho daño. ¿En dónde cayó?

ROMBO por J. A. Martínez.



Leed horizontal y verticalmente: 1.^a, consonante; 2.^a, porción de agua; 3.^a, nombre femenino; 4.^a, tiempo de verbo, y 5.^a, vocal.

CHARADA por José Pedrero.

Ayer estuve en la orilla del *primera* y vi un barco con la *dos tercera* hacia arriba á consecuencia de una fuerte ola que le zarandeó como si fuera de papel *todo*.

SOLUCIONES

Al problema por Manuel Castañs: El cero, que es igual á cero por uno, todos los números primos y la unidad.

A la fuga de vocales por M. Robles y Romero:

Siempre fui, soy y seré
enamorada la mar;
pero al hombre que me quiera
trabajo le ha de costar.

A la sustitución por Eusebio Maestre:

B A R C E L O N A
O R E N S E
S A B A D E L L
M U R C I A
Y E C L A
T A R R A G O N A
Z A R A G O Z A
L U G O
S A L A M A N C A

A la charada por F. Guerrero: PAPAGAYO.

Al jeroglífico por Vicente Más: PARPADOS.

A la botella numérica por Enrique Ibáñez: MAR-CELINO.

A las adivinanzas por E. García Bustos: 1.^a En que tiene ballenas. 2.^a En que tiene órganos.

A la tarjeta por Salvador Domínguez Tejedor: LOS ZANGOLOTINOS.

A la charada por Flora Gilman: MONTERA.

COLEGIO DE ESCRIBANO

1.^A Y 2.^A ENSEÑANZA. — CARRERA DE COMERCIO

Pontejos, I. -- MADRID

Este centro de enseñanza, cuyo higiénico local nada tiene que envidiar á los de mejores condiciones de esta corte, cuenta con todo el material que hoy exige la moderna Pedagogía.

El nombre de su Director es bien conocido por cuantos se dedican á la enseñanza.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

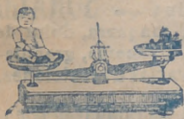
Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8
MADRID

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA
ALIMENTO ESPECIAL
PARA
NIÑOS
Ancianos y convalecientes

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas.

Los que deseen alguna, pueden pedirla á estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NIÑOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1. ^o (1. ^a sección), económ. ^a .	0,25 ptas.
» 1. ^o (2. ^a sección)	0,25 »
Pepe 1. ^o lujo	0,50 »
Pepe 2. ^o	0,60 »
Pepe 3. ^o	0,75 »
Pepe 4. ^o	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Boisa, núm. 9. Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.
Espiritu Santo, 28, MADRID



LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en metálico, certificado, con la garantía del Estado, que abona la cantidad declarada en caso de extravío. Se vende en todos los estancos á 25 céntimos.

En el sobre-monederio pueden remitirse hasta 50 pesetas en cualquier clase de moneda.

Oficinas: GOYA, 19, BAJO MADRID

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, sincografía

Precios sin competencia.

Quintana, 43.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de Rosa y Azul.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos á la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

Pídanse catálogos.

MADRES

Existen cajas falsificadas de la Denticina que han imitado bien para sorprenderlos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO

Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con Perla Estomacal F. Moreno. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

Para anuncios en esta revista, dirijanse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

MAYOR, 1.—TELÉFONO 123.—MADRID

PASTILLAS cloro-boro-sódicas — con cocaína — BONALD

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar BONALD, de thioocol-cínamo-vanádico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA BONALD. Poderoso agente para combatir la neurastenia, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor. Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid